

MESA REDONDA

Teología y Catequesis inicia su estudio monográfico sobre la virtualidad catequética del Vaticano II formulando dos cuestiones claves a tres hombres representativos de una aguda sensibilidad hacia el fenómeno español del Concilio.

El calor personal de las respuestas de Ramón Echarren, José María Díaz Mozaz y Ricardo Blázquez servirá de marco referencial a los estudios siguientes.

«¿EN QUE MEDIDA HA SIDO RECIBIDO EL VATICANO II EN LA IGLESIA ESPAÑOLA?».

«¿QUE RESISTENCIAS HA ENCONTRADO EL VATICANO II EN ESTA IGLESIA?».

I.—LA RESPUESTA DE UN OBISPO

RAMON ECHARREN YSTURIZ
Obispo de Canarias.

Para comprender en qué medida ha sido recibido el Concilio Vaticano II en la Iglesia española y qué resistencias ha encontrado dicho Concilio en nuestra Iglesia, pienso que es necesario partir de una situación y de unos antecedentes históricos que en modo alguno podemos ahora describir ¹.

Preconcilio. El intento integrador Iglesia-Estado.

El hecho es que el Concilio y el post-concilio, se sitúan en España en un contexto que habría que definir, aunque fuera de una manera excesivamente simple, como un intento, por parte del régimen socio-político español

¹ Véase, por ejemplo, la obra de Alfonso Alvarez Bolado, SJ, *El experimento del Nacional-Catolicismo: 1939-1975* (Edicusa, Madrid 1976).

entonces vigente, por conseguir una profunda integración de la Iglesia en el sistema, en tanto que a través del «Estado confesional», sectores muy significativos de la Iglesia intentaban conseguir, con la mejor intención pastoral, posiblemente, una integración de la sociedad en su propio ámbito. Esta afirmación, sin embargo, no significa que no hubiera hombres cristianamente lucidos, seculares, sacerdotes y obispos, que tuvieron la intuición, también cristiana, de no aceptar tal estado de cosas y de no aceptarlo en su corazón de creyentes. Y hablo de intuición, porque estos hombres, una verdadera minoría, hace quince, o veinticinco años, no contaban con instrumentos teológicos, bíblicos, sociológicos... como para racionalizar unas posturas que nacían más de una actitud profética que de un análisis racional.

Pero veamos, a través de una simple descripción desarrollada en el tiempo, cómo se puede responder a las preguntas formuladas en el título ².

Del triunfalismo a la humildad.

A mi modo de ver, el encuentro de la Iglesia de España con el Concilio Vaticano II representó algo así como el paso, casi traumático del triunfalismo a la humildad. No digo que no hubiera excepciones. Pero para la inmensa mayoría de los cristianos españoles, de los propios sacerdotes, de los mismos obispos, el desarrollo del Concilio supuso, por primera vez a un nivel no teórico, el resquebrajamiento de los fundamentos de lo que podemos llamar para entendernos «la cristiandad española» o el «nacional-catolicismo».

Tal vez ninguna Iglesia o conjunto de Iglesias locales estaban tan lejos, teológica, psicológica, pastoral y vitalmente, del Concilio Vaticano II y de sus planteamientos, de su misma necesidad y de los problemas que iba a afrontar, como las Iglesias locales de España. Ancladas en la seguridad de su saber cristalizado en fórmulas consideradas inamovibles; defendida contra todo contraste del pensamiento moderno; dormidas o adormiladas en el sueño de gloriosas tradiciones teológicas que hincaban sus raíces en Trento y que se identificaban con pasados imperialismos históricos, al mismo tiempo nacionales y religiosos; acunadas por un proteccionismo oficial que resolvía problemas materiales a la par que ofrecía seguridades morales y apoyos pastorales, nuestras Iglesias, nuestros cristianos, salvo raras excepciones, ni se habían planteado la problemática que quería afrontar el Concilio, ni sentían en su propia carne la necesidad de un Concilio, ni —lo que es más grave— habían intuido el nacimiento de un mundo nuevo cargado de retos e interrogantes para la fe y para la propia Iglesia. Por otra parte la Iglesia Española tampoco había realizado, salvo honrosas excepciones, una reflexión teológica

² Sigo fundamentalmente mi trabajo-conferencia «Evolución del Episcopado y Clero españoles desde el Concilio hasta nuestros días», elaborado para el homenaje al señor Cardenal Tarancón, con ocasión de sus 50 años de sacerdocio.

en esas coordenadas nuevas elaboradas a la luz de los avances de los estudios bíblicos y teológicos, a la luz del desarrollo de las ciencias humanas, a la luz también de las experiencias comunitarias de una fe vivida en un contexto socio-cultural en rápida transformación y del que en España sólo se habían hecho superficiales críticas triunfalistas desprovistas de todo rigor, cercanía y seriedad.

En este ambiente, sólo roto por la reflexión de algunos intelectuales cristianos, por el esfuerzo de formación e incluso de autoformación de algunos sacerdotes jóvenes, por los fogonazos de luz de algunas pastorales, por la entrega heroica de un puñado de militantes laicos, en este ambiente en el que todavía se respira un aire de cruzada frente a la doliente atmósfera de una Europa cuyos cristianos habían salido (victoriosos o derrotados) de una guerra secular que a nivel de pueblos nadie hizo en nombre de la Religión; en este ambiente, la convocatoria del Concilio coge de sorpresa a la Iglesia española y a la mayoría de sus más cualificados responsables, tanto sacerdotes como Obispos. Nuestra Iglesia, sin embargo, había hecho de la «obediencia a Roma» (y allí estaba el Concordato de 1953, para muchos legitimador del régimen) un rasgo fundamental, definitorio de la propia identidad histórica, expresión de un sentirse «pueblo elegido», muchas veces pensado aunque casi nunca expresado, tal vez por un último y misterioso pudor cristiano.

Psicología colectiva de «contrarreforma».

El hecho es que todavía perduraba mayoritariamente en nuestra Iglesia una psicología colectiva de «contrarreforma». Tal vez también, detrás de ello, aún latía el recuerdo de la bendición romana a la postura del Episcopado Español en los difíciles años de la guerra civil, después de los muy difíciles años de la República, de los no menos difíciles años de la posguerra. Aún era relativamente reciente ese Concordato muy satisfactorio para la Iglesia y para el poder temporal... La realidad es que la Iglesia española no cuestionó el Concilio. Incluso soñó, a través de algunos de sus responsables, no sólo en una posible confirmación de la Teología y de la Eclesiología entonces vigentes, frente a las «desviaciones» que parecían apuntarse en Europa de la mano de Congar, del mismo Garrigou, del por tantos odiado Maritain, de Leclercq, de Cardijn, de Boulard, de los grandes novelistas como Van der Meersch, Bloy, Marshall, Papini, Graham Green..., sino también en una bendición conciliar de una situación de cristiandad que se vivía prácticamente y de una manera «oficial» en todas las dimensiones de la vida eclesial y civil.

Los cristianos españoles, salvo minorías, vivían al margen de una problemática de tensiones entre la Iglesia y el mundo, entre la fe y una cultura nueva en pleno esfuerzo de afirmación. Sólo algunos pocos, verdaderos pro-

fetas de su tiempo, se atrevían a plantear, desde la teología, desde su ministerio o desde su compromiso apostólico, temas como el de «encarnación y trascendencia» o el de «pecado personal y pecado colectivo»... formas a veces crípticas de poner sobre la mesa unas dificultades vividas por pocos y no entendidas ni sentidas por la mayoría.

Ello no significa negar que fuera de esas minorías no hubiera cristianos espléndidos. Pero la Iglesia en España, cuando se anunció el Concilio y en su conjunto, vivía plenamente integrada en un mundo que estaba desapareciendo y sin asomarse al que estaba naciendo dentro y fuera de nuestras fronteras.

Intuición de la crisis «conciliar».

El hecho a resaltar es que sólo un pequeño grupo de intelectuales cristianos, de militantes de base pertenecientes a movimientos especializados, de sacerdotes (seculares y religiosos), en su mayoría formados fuera de España, intuyeron lo que podía suponer el Concilio, la crisis (en sentido positivo) que podía desencadenar como inicio de una purificación que anhelaban desde su amor a la Iglesia de Jesucristo y al Evangelio, la ruptura que podía traer respecto a rutinas y falsas seguridades teológicas y pastorales. Y junto a ellos un cortísimo número de obispos abiertos al mañana, cercanos a la vida real de los hombres y que fueron capaces de tener la audacia evangélica de romper en su corazón con una situación hecha y hasta cómoda, pero que sintieron lejana respecto a las exigencias del Evangelio. De diferentes maneras, todos ellos sintieron que algo serio y profundo estaba cambiando: unos desde la reflexión, desde el diálogo y la lectura de libros escritos más allá de nuestras fronteras; otros desde la incomodidad del cristiano que no acepta el dejarse acunar por la instalación. Unos y otros desde el descubrimiento de la pobreza de muchos. Los templos llenos no eran para ellos motivo más que para descubrir los muchos que faltaban o se iban alejando y para plantearse el porqué de esa lejanía. Para los intelectuales y para los pastores, los cambios tecnológicos entrañaban un verdadero reto desde un hombre que veían nacer ante sus ojos atentos. Para los militantes no era cuestión de teorías sino algo que constataban en su trabajo de cada día, en el diálogo con sus compañeros, en las máquinas que manejaban, en los mismos productos que elaboraban, en las luchas laborales e incluso en la clandestinidad. En todo caso, unos y otros —intelectuales, obispos, sacerdotes y militantes— veían que un hombre nuevo y un mundo nuevo estaban naciendo al margen de una Iglesia escolástica y rutinaria.

Y fueron ellos casi los únicos que fueron capaces de leer con ojos de fe y de esperanza, más allá de la mera obediencia, lo que podía representar realmente el Concilio Vaticano II.

Para la Iglesia en España, el Concilio representó realmente, y como decía

al principio, el tránsito del «triumfalismo» y la «instalación» a la «humildad» y al «éxodo».

La celebración del Concilio, sus primeros documentos, su apasionante desarrollo, agudiza la sensación del cristiano español de haber vivido de espaldas a toda una realidad social, eclesial, teológica... existente en Europa y en otros lugares del mundo. Hay que decir, en honor de nuestros sacerdotes, de muchos de nuestros cristianos, de una parte de nuestro Episcopado de entonces, que el Concilio les produce una profunda reacción de humildad no pocas veces mezclada con un agudizarse el tal vez complejo de inferioridad respecto al mundo que vive más allá de los Pirineos. Pero creo que también puede afirmarse que con la humildad y el sentimiento de inferioridad comienza a nacer, a mezclarse, un brote de esperanza, de ilusión, de alegría y optimismo, que permite a muchos de los miembros de nuestra Iglesia, y en especial al clero joven, asomarse hacia el mañana, mirar hacia adelante, como algo que vale la pena vivir y construir, que puede aceptarse en sus luces y a pesar de sus sombras, desde una fe que empieza a dar un sentido diferente a la historia y a las realidades terrenas. Con el Concilio el cepo de tantos dualismos en que los cristianos españoles han estado encerrados sin darse demasiada cuenta, parece romperse en pedazos. Y con esa liberación nace una esperanza. En muchos casos el Concilio parece venir a bendecir la intuición de un esfuerzo de actualización teológica y pastoral que algunos pioneros, obispos y sacerdotes, habían lanzado en no pocas ocasiones, desde la incomprensión de algunos o desde la mera pasividad de los demás.

Efecto retardado y dudoso del Concilio.

En España el Concilio fue algo así como una «bomba con espoleta retardada». Tal vez solamente la *Gaudium et Spes* y la *Declaración de la libertad religiosa* produjeron una cierta alarma desde el momento mismo del inicio de la discusión de los esquemas provisionales. Pero el verdadero impacto del Concilio se produce de una manera gradual, a través de un largo proceso —todavía no acabado— de verdadera conversión.

La mayoría de los sacerdotes, formados en otra órbita teológica, bloqueados en su mirada al mundo y en sus relaciones con los hombres por un clima de cristiandad, de moral tradicional y de una larga serie de dualismos que nunca habían sometido a crítica alguna, van recibiendo las informaciones sobre la marcha del Concilio y aún los mismos documentos conciliares, en parte con curiosidad, en parte con sorpresa, en algunos casos con alegría, también en algunos casos con una buena dosis de desconcierto en el sentido que toman conciencia de que ni el lenguaje, ni la problemática afrontada, ni la perspectiva teológica y bíblica asumida por el Concilio, tenían mucho que ver con la estructura teológica y vital que habían

recibido en su formación y constituía la referencia necesaria en su auto-comprensión cristiana, sacerdotal y pastoral.

En España, los distintos documentos conciliares van teniendo suertes muy diferentes.

La Constitución *Lumen Gentium* se recibe bien y va teniendo una gran influencia, pero una influencia lenta y gradual, no tanto directa como indirecta, a través de la mediación de teólogos y pastoralistas, a través de una eclesiología que intenta reconstruir una visión de Iglesia inédita en la España de los últimos siglos, una visión que choca frontalmente con la concepción vigente de Iglesia, con la concepción digamos «oficial» de la Iglesia. La eclesiología del Vaticano II va llegando lentamente al Pueblo de Dios. No tan lentamente a los sacerdotes. El hecho es que esa eclesiología conmueve hasta sus cimientos la imagen clásica de la Iglesia en nuestro país, una imagen en línea de cristiandad que se definía sobre todo como «sociedad perfecta» y que perfilaba en los sacerdotes y en los fieles una imagen demasiado paralela a la de «nación», «estado», «monarquía» o figuras semejantes. En la *Lumen Gentium* encontraríamos muchas de las claves que van a explicar los logros pastorales y también muchos de los problemas que van a aparecer después, incluidos los de las tensiones Iglesia-Estado, Iglesia y Régimen, y los de las tensiones intraeclesiales y el pluralismo teológico, eclesiológico y pastoral que va a tener su eclosión poco después de acabado el Concilio.

La *Dei Verbum* apenas pasa del campo de los especialistas, es decir, apenas llega al Pueblo de Dios. Por una tradición típica de la Contrarreforma, a la mayoría de los sacerdotes y a la casi totalidad de los cristianos españoles, ni les interesa ni les preocupa demasiado los problemas de la Revelación. La cultura bíblica apenas existe. Son muy pocos los que han leído íntegramente el Nuevo Testamento y no hay apenas ninguno que haya leído entera la Biblia. Pero también es verdad que gracias al Concilio y a sus primeras consecuencias pastorales, comienza en España un serio acercamiento a la Palabra de Dios a través de la Catequesis y de todo el movimiento catecumenal.

La *Sacrosantum Concilium* llega al pueblo y a los mismos sacerdotes a nivel casi exclusivo de la Reforma Litúrgica, bien realizada y bien aceptada por la mayoría de los sacerdotes y de los cristianos, aunque tal vez poco asumida en su profundidad teológica y pastoral. El hecho es que sólo una minoría conservadora contesta la Reforma Litúrgica y esa contestación apenas encuentra eco en los ambientes más populares.

A nivel de decretos y declaraciones, me atrevería a decir que la penetración del Concilio ha sido nula o demasiado superficial. Aún hoy siguiendo los grandes desconocidos del Concilio: apenas leídos, ligeramente asumidos y reflexionados, sólo son recordados en contadas ocasiones. Es el caso de

la declaración *Dignitatis humanae*. Puede decirse que sirvió para una inicial y tímida modificación legal para, posteriormente, servir de apoyo genérico (casi de mera disculpa) de la nueva Constitución Española, pero sin que se haya estudiado ni reflexionado en toda su profundidad.

El impacto de la Gaudium et Spes.

Tal vez fue la *Gaudium et Spes* la gran excepción de todo lo dicho. El «Esquema XIII» desde sus orígenes despertó un profundo interés que parece nacer de un gran impacto, no ya sólo religioso, sino también psico-social y con un serio trasfondo político. De hecho polariza la atención de creyentes y no creyentes. En la mayoría de los cristianos produce una viva inquietud. Es un hecho que sólo el enunciado del tema rompía ya los esquemas teológicos vigentes. Eran muy pocos los que habían leído algo de teología de las realidades terrenas más allá de Thils.

La reacción, tímida en su formulación pero muy honda en sus raíces, no se deja esperar: «aquello no podía ser teología... tal vez sólo pastoral, es decir, algo como de segunda categoría... algo no demasiado serio, no demasiado sustancial... algo que no podía ni debía preocupar a los sesudos teólogos preocupados por el «De Trinitate»... aquello no encajaba en lo que muchos llamaban verdades eternas sin, en su eternidad, apenas entenderlas...».

El sistema social establecido, con sus cuadros y principios políticos correspondientes, no podían menos de estremecerse. Y con él no pocos sacerdotes y obispos entonces afectiva más que ideológicamente vinculados al sistema y protegidos de hecho por él. Del Concilio podía llegar un soplo profético que rompiera seguridades y «ententes» llanas de cordialidad y coincidencias. La «cristiandad» peligraba. Y peligraba —lo que les parecía, y con razón, más alarmante— una Iglesia y una concepción de Dios y de la fe que legitimaban todo el sistema político. Peligraban las raíces históricas del Régimen, el concepto mismo de «cruzada» como origen justificativo de la situación.

Los sistemas ideológicos vigentes a nivel de Iglesia mayoritaria, también intuyen el peligro. El nacional-catolicismo, después de años de calma, de una calma sólo alterada por pequeños incidentes que apenas trascendían a la opinión pública; de una calma que nacía de no tener adversarios peligrosos que obligaran a emplear un esfuerzo serio, vio que ante él surgía algo nuevo que representaba un ataque frontal a sus posiciones. Y que, además, surgía desde dentro, desde el corazón de la Institución, desde un espacio que ellos mismos identificaban como propio de la acción del Espíritu Santo, desde un espacio que no podía ser domesticado desde la diplomacia oficial. De momento, ante la nueva situación, sólo quedaba por hacer, esperar la oportunidad y callar.

El pueblo fiel esperaba. No acababa de entender del todo lo que se

estaba produciendo. Querían entrañablemente a Juan XXIII, y después, aunque de diferente manera, a Pablo VI. La campaña contra la posible elección de Montini como Papa, fue tal vez un motivo de concienciación para muchos que empezaron a reflexionar sobre el Concilio y a pensar que lo que ocurría en Roma nos afectaba más directamente que lo que se decía y pensaba; que algo tenía la Iglesia, las teologías que se discutían en el aula conciliar, que afectaban a nuestra vida diaria. Pero la mayoría, acostumbrados a un papel pasivo, no se planteaban con demasiado interés las consecuencias en España de un documento conciliar: esperaban, como habían esperado siempre, llenos de docilidad y de mansedumbre: «ya se encargarían sus pastores de explicarles aquello...».

La esperanza del Concilio en España.

Con independencia del impacto de los diferentes documentos conciliares, creo sin embargo que cuando el Concilio se cierra, en España, en la Iglesia de España, florece la esperanza. Y la esperanza comienza a madurar en la alegría de la gran aventura de la aplicación del Concilio. A la inicial mezcla de humildad y de «complejo de inferioridad» sucede efectivamente la esperanza, una especie de sentirse rejuvenecer colectivo que entraña un esfuerzo por asumir y realizar en la vida lo que ya es un libro a disposición de todos. Son unos años en los que los sacerdotes y los obispos parecen querer ganar un tiempo perdido. Todos con sinceridad, pero con niveles de interiorización muy diferentes, los obispos y los sacerdotes, salvo extrañas minorías, optan por el Concilio tal como lo habían entendido. Después se veía que ni todos lo habían entendido igual, ni todos lo habían asumido de la misma forma, ni todos lo habían interiorizado a un nivel profundo. Pero la brisa conciliar se adueña de la Iglesia y desde la Iglesia comienzan a soplar aires nuevos sobre todo el país. Y el clero comienza a reflexionar, a sistematizar el aluvión teológico conciliar, a sacar consecuencias prácticas, a intentar armar con coherencia aquel especie de rompecabezas que verdaderamente —nunca mejor dicho— les había llovido del cielo. Tarea ilusionante, capaz, repito, de inyectar esperanza sobre todo a los que tenían la impresión de haber vivido muchas veces encerrados en un caminar donde no cabía la imaginación, la creatividad, la alegría de la aventura, el riesgo de la fe, la inseguridad alegre aunque dolorosa de la desinstalación por el Reino.

Primeros frutos del Concilio.

En este contexto nace la Conferencia Episcopal (1966), los Consejos Presbiterales, los Consejos Pastorales, los primeros esfuerzos globales de actualización teológica de los sacerdotes, los primeros programas de pastoral de conjunto... En este contexto alcanzan su madurez, aunque no sin

problemas, esfuerzos pastorales, de reflexión teológica, de testimonio cristiano, nacidos antes del Concilio: los Movimientos Especializados, la Cátedra Pío XII de la Unión de Graduados, el Plan CCB, las Oficinas Diocesanas de Sociología Religiosa... etc. En este contexto se inician los planteamientos críticos respecto a toda realidad eclesial y social que no se ve claramente en consonancia con el Evangelio de Jesucristo. En este contexto se inician también algunos conflictos.

Decía antes que la *Gaudium et Spes* fue el verdadero documento-impacto del Concilio en España. Algo así como abrir de golpe al sol, las ventanas de una habitación oscura y cerrada largo tiempo a cal y canto.

Dio la impresión que todo lo que no parecía en la Iglesia española, pero que de hecho existía, salió de golpe a la superficie. No faltaban tímidos y no tan tímidos intentos de aplicar frenos: «el Concilio —se oía decir— no ha tenido carácter definitorio, dogmático, sino simplemente pastoral...». El hecho es que esa Constitución pone en marcha una dinámica impresionante de desarrollo pastoral y teológico. La Iglesia en España parece ansiosa de recuperar un tiempo perdido, de asomarse a aquellos campos hasta entonces inéditos en su vida.

Como ha dicho Congar en palabras que parecen dirigirse a la España de entonces, la Iglesia era presentada como una sociedad organizada que se constituía por el ejercicio de poderes de los que el Papa, los obispos y los Sacerdotes, estaban investidos. La eclesiología consistía casi exclusivamente en un tratado de Derecho Público: se trataba más bien de una «jerarcología».

Es la *Lumen Gentium* la que rompe esos esquemas. Pero es la *Gaudium et Spes* la que lanza a la calle la nueva visión evangélica que traduce en palabras directas una Iglesia que no quiere ser ya un «para sí», sino un «para los demás», «para los hombres», una Iglesia Sacramento que quiere ser, aparecer, entenderse, como signo visible, creíble e inteligible de la salvación, de la liberación, del Reino.

La *Gaudium et Spes* convierte, además, en teología, todo un mundo ajeno a ella; incorpora a la vida cristiana unas dimensiones hasta entonces marginadas; rompe una larga serie de dualismos; convierte en «lugar teológico» espacios considerados tradicionalmente como profanos. La Iglesia comienza a dejar de sentirse sociedad tangente a la sociedad humana para sentirse pueblo integrado en el pueblo de los hombres, en estrecho diálogo mutuo, en solidaridad, al menos intencional, afectiva y efectiva con los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres.

En todo este esfuerzo no hay oportunismo alguno. Se equivocan radicalmente los que afirman que todo ello fue fruto de una estrategia: entrañó demasiado sufrimiento, demasiado riesgo y sacrificio, demasiado dolor para que pudiera soportarse por oportunismo o por mera estrategia.

La Iglesia en España comienza a vivir la «praxis» conciliar. Y lo hace intentando recorrer en pocos años un proceso que en otras Iglesias había durado casi un siglo: la Teología comienza a renacer; la Pastoral comienza a renovarse.

La pastoral ensancha sus bases, se plantea nuevos caminos, rompe viejas instalaciones, empieza a pensar que es mucho más que unos ritos y que debe asumir una acción profética y una acción testimonial que den pleno sentido a la celebración. El profetismo, efectivamente, se hace centro de las preocupaciones cristianas pastorales de muchos sacerdotes y de muchos seglares.

El esfuerzo por realizar el Concilio, a nivel de sacerdotes, de obispos, de militantes, de casi todo el pueblo de Dios, es un esfuerzo gigantesco. La marcha no es igual para todos. Surgen dudas, vacilaciones. Surgen también impaciencias, deseos de ir más a prisa. El Concilio se va personalizando en su doble sentido asimilador e individualizador.

La renovación teológica de la iglesia española.

Es entonces también cuando comienza el maravilloso fenómeno de la renovación teológica de la Iglesia en España, es decir, una especie de eclosión teológica en nuestra Iglesia que tal vez no se daba desde los mejores tiempos de la antigua Salamanca: Comillas, Granada, Salamanca, San Cugat... etcétera, comienzan a ofrecer obras y nombres en el plano de las diferentes disciplinas teológicas. Comienzan también a ofrecer una reflexión teológica que es respuesta a las necesidades pastorales sentidas por los sacerdotes que trabajan en la base a la par que se alimentan del esfuerzo renovador que la pastoral está haciendo en esa base de la Iglesia. Por primera vez en varios siglos se produce el inicio de la reconciliación de la Teología con la Pastoral, de una verdadera teología con una Pastoral que se revitaliza desde la novedad teológica contenida en el Concilio. Fruto de esa reconciliación va a ser una vitalidad eclesial que hoy recorre las venas de nuestra vieja Iglesia por encima o por debajo de nuestras emociones, en un Pueblo de Dios que muchas veces desde el anonimato del mundo real, del suburbano, de las estructuras más de base de nuestra Iglesia, sin el apoyo ni de nuevas ni de viejas estructuras o instituciones con diferentes calificativos, siente el ansia de una vida cristiana en la plenitud de sentido de esta palabra, al margen de planteamientos ideológicos o grupales, desde una fidelidad a la Palabra, a los signos y al testimonio, desde una fidelidad a Jesús de Nazaret, el hijo de Dios, que asombra por su profundidad y por su espontaneidad casi milagrosa.

La Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes.

Y una fecha clave o, si se quiere, un acontecimiento clave en este caminar de asimilación del Concilio Vaticano II por parte de nuestra Iglesia, fue la celebración de la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes de 1971.

Pocas veces una Iglesia ha tenido que superar tantas dificultades para llevar a cabo una tarea propia de su propio ambiente vital, como la Iglesia en España con ocasión de la Asamblea Conjunta. De hecho el ataque frontal a esta Asamblea por parte de las autoridades y de los sectores más conservadores de la Iglesia (estrechamente vinculados por lo demás a aquellas autoridades y profundamente politizados e ideologizados) no fue más que el ataque aplazado al Concilio, y más en concreto a la *Gaudium et Spes*. Atacar a un Concilio Ecuménico no era posible para ellos; iba incluso contra su propia normativa, tantas veces confesada de palabra, de respeto a lo institucional y atacar al Concilio abiertamente hubiera supuesto desenmascarse; podría crear además una dinámica incontrollable que se volviera contra la propia política de respeto a la «pirámide» (social, política, económica y religiosa) y a sus principios legitimadores (autoridad, concordato, necesarias buenas relaciones Iglesia y Estado, centralismo, jerarquismo...); parece ser también que la máxima autoridad del Régimen nunca quiso ni permitió provocar o admitir una confrontación con la Iglesia. La ocasión de atacar directamente al Concilio y a los sectores más abiertos de la Iglesia la propiciaba la Conjunta y, dentro de la Conjunta, la primera ponencia (Iglesia y Mundo) como expresión de la *Gaudium et Spes*. Ahí fue donde se dio realmente la gran batalla contra el Concilio.

La Asamblea Conjunta representó algo así como el paso del ecuador; la Iglesia española, con las lógicas vacilaciones que acompañan las grandes decisiones, asumía el Concilio Vaticano II, lo concretaba como programa pastoral a través de sus obispos y de la mayoría de sus sacerdotes y se mostraba dispuesta a enfrentarse con el porvenir desde una óptica conscientemente evangélica y conciliar. La ruptura con el inmediato pasado recibirá así su confirmación explícita.

La Asamblea Conjunta admitía y admite muchas lecturas: teología, eclesiología, pastoral, ministerial, ideológica... El hecho es que hubo un gran interés en los representantes de los poderes políticos y en los cristianos conservadores en hacer exclusivamente una lectura política. Que esa lectura era posible, y hasta necesaria, nadie lo duda. La obsesión por convertir la Conjunta en hecho exclusivamente político no cabe duda que respondía a la extremada politización del sector conservador de la Iglesia y a lo que la Conjunta tenía de llamada a la desinstalación, a la conversión, a una metanoia que los conservadores no estaban dispuestos a realizar fuera de un planteamiento privatizador e interiorizante que no ponía en peligro el ganar «el más acá» a la par que pensaban que estaban ganando «el más allá».

La Conjunta obligada a optar entre dinero y pobreza, entre seguridad y aventura, entre moralismo y bienaventuranzas, entre instalación y compromiso evangélico y evangelizador. La mayor parte de la Iglesia en España, obispos y sacerdotes, supieron optar por lo que no era fácil. Los que se opusieron no fueron muchos pero es verdad que eran los más fuertes humanamente hablando. Sin embargo tal vez se deba a la Conjunta, como expresión del talante de la mayoría de los sacerdotes y de una gran parte del Episcopado, el que la transición de la dictadura a una democracia se hiciera años después sin guerras religiosas, esas guerras a las que tan aficionados somos siempre los cristianos españoles, tanto de derechas como de izquierdas.

Nacimiento de una iglesia misionera y en búsqueda.

En todo caso, la realidad es que en medio de tensiones y de incomprensiones, de crisis y ambigüedades, se va perfilando una Iglesia misionera que supone la superación definitiva de una Iglesia de cristiandad. Desde el silencio de su trabajo sacrificado, hay párrocos y coadjutores, teólogos y consiliarios, curas-obreros y profesores de religión... que van perfilando, sin prejuicios ideológicos y sin dejarse aprisionar por el ambiente, estudiando y leyendo a diario teología seria, rezando, releendo el Concilio y la Biblia, una opción por el evangelio y sus consecuencias eclesiológicas y pastorales: pequeñas comunidades, catecumenados, catequesis y catequistas, militantes laicos, corresponsabilidad, consejos de pastoral, ministerios laicales, compromiso por el Reino, diálogo con el mundo, autonomía del orden temporal... etcétera, etc., son más que palabras; son realidades que empiezan a nacer en aquellos años y que nacen, además, con un deseo expreso de no entrar en polémicas de derechas-izquierdas, es decir, que nacen desde una distancia crítica y profética respecto a toda interpretación ideológica de esos mismos términos que las convierten en verdadera simiente del futuro por su libertad respecto a toda servidumbre de grupo.

La Iglesia vive. Vive a lo largo y ancho del mundo. Vive también a lo largo y ancho de España. La Iglesia vive de mil maneras. Y de mil maneras crece, en edad, en sabiduría y en gracia. No me importa demasiado quiénes son los protagonistas de esa vida y de ese crecimiento. No me importa demasiado si son las monjas de clausura, los curas obreros, algunos obispos o algunos sacerdotes. No me importa demasiado quiénes están en la cresta de la ola. Creo en el Espíritu Santo y en su acción eficaz, dentro y fuera de la Iglesia. Creo que el Cuerpo del Señor es una realidad y que Jesús camina con nosotros. Creo en el Padre que nos ama y nos cuida en medio de las vicisitudes de este mundo. Creo en la Iglesia. Y la creo viva, sacramento de salvación, signo del Reino.

Y no necesito creer porque estoy seguro de ello, como se está seguro

de lo que se ve, de que la Iglesia en España encierra maravillas de gracia y santidad, aunque en ella estén también nuestras limitaciones y pecados.

A nivel de pastoral se ha abierto un mundo de posibilidades y realidades que están ahí, entre los hombres, como fermento y levadura.

Hay opciones por el Evangelio y por los pobres; hay un ministerio de la Palabra que se va desarrollando incansablemente; hay brotes de oración que van cuajando en realidades permanentes; hay vida comunitaria que va expresando la paz y el amor, la verdad, la justicia, la libertad y la limpieza de corazón... tal como nos la ofreció el Señor; hay profetas que anuncian y denuncian, llenos de amor, buscando la conversión de los pecadores y la liberación de los oprimidos; hay realidades litúrgicas que celebran, en alegría, la cena del Señor, la fraternidad cristiana como signo de la fraternidad de todos los hombres, la fe como encuentro con Cristo-Jesús, la esperanza como horizonte de salvación, el amor como camino de libertad...

En medio de nuestro mundo hay una Iglesia que en silencio, en humildad, en postura de incansable búsqueda, escucha la Palabra, testimonia su fe, celebra la Resurrección del Señor, ama a los que nadie ama, opta por no adorar al dinero ni al poder, se apoya alegre en Jesús de Nazaret, el vencedor del pecado y de la muerte.

En medio de nuestro mundo concreto, sigue habiendo en mil sitios una Iglesia en tensión de búsqueda que ha roto con su tradicional instalación; una Iglesia humilde que vacila, pero que no está ya identificada ni con los ricos ni con los poderosos, que incluso la miran con desconfianza y hasta con enemistad; una Iglesia que no es ni pobre ni rica, pero que se va haciendo a la idea de que existe sólo para servir y que los pobres son realmente «sacramento de Cristo»; una Iglesia que enriquece continuamente su pastoral, especialmente a través del ministerio de la Palabra; una Iglesia que ha aprendido a sufrir: crisis, disgregación de los cristianos, dudas teológicas, tensiones internas, secularización, ataques ideológicos, contestaciones, incomprensiones...; una Iglesia que reza y trabaja; una Iglesia que reflexiona en sus teólogos y profundiza en sus investigadores...; una Iglesia que en muchos sitios sólo quiere ser lugar de diálogo y de paz, espacio de amor y de sinceridad; una Iglesia consciente de sus pecados y de sus infidelidades pero que busca ser fiel al Señor, que busca ofrecer su voz profética, que busca anunciar la Buena Noticia de paz, de liberación, de salvación.